

© *Temas*, n. 2, abril-junio de 1995, pp. 13-21.

Cuba en los medios de difusión norteamericanos

Alfredo Prieto González

Comunicólogo. Centro de Estudios sobre América (CEA). La Habana.

La pregunta se nos plantea como una recurrencia: ¿conocen los norteamericanos a Cuba, con independencia de su posición hacia la Isla, si es que la tienen? ¿En qué medida la imagen de Cuba se corresponde con la realidad y, sobre todo, con la que los cubanos tienen de *sí* mismos? Tom Miller, en un importante libro, se la respondió así: los norteamericanos saben poco sobre Cuba, pero nada sobre los cubanos.¹ Los estereotipos, las diferencias idiomático-culturales, el etnocentrismo, la Guerra fría, los medios de difusión y la escasez de contactos directos entre ambos pueblos, generan un conjunto de percepciones sobre la realidad cubana que en unos casos obliteran los verdaderos problemas, y en otros convierten en problemas cosas que para los cubanos —o por lo menos para la mayoría de ellos— pueden, simplemente, no serlo.

Este artículo constituye una tentativa de analizar y discutir los resortes de la imagen de Cuba en los medios de difusión norteamericanos como entidades públicas para la manufactura del consenso.

Dos poderes públicos: la prensa y el ejecutivo

La categoría *prensa norteamericana* es una abstracción convencional. Designa a las instituciones informativas que conforman la llamada prensa del *mainstream*, un conjunto diverso caracterizado por Hess en función de su cercanía al poder y grado de acceso a fuentes autorizadas,² y que contiene toda una concepción de la noticia cuyas implicaciones comunicativas y sociales hemos discutido en aproximaciones anteriores.³ Se trata de un complejo difusivo pensado y articulado en función de la clase política y de los sectores más educados y de mayor nivel de ingreso de la sociedad. Su propósito último es contribuir, en la medida de su alcance, a la reproducción ideocultural del sistema que lo hace posible, así como a la construcción de la hegemonía. Esta última puede definirse como el proceso mediante el cual la clase dominante, o un sector de ésta, subordina a clases y grupos sociales a través de la penetración de su visión del mundo, sentido común, imaginarios y prácticas cotidianas.⁴

A reserva de ciertas visiones más o menos extendidas, en los Estados Unidos la clase dominante no es una ni homogénea, lo que explica en última instancia la diversidad de los medios de difusión, su *carácter no monolítico*. Estos no son allí, en sentido estricto, «aparatos ideológicos del Estado». La dominación y la reproducción ideológica del sistema se ejerce, fundamentalmente, a través de una red de instituciones difusivas privadas, con conciencia de sí, y sobre todo con un poder de influencia en el proceso de formulación e implementación de las políticas públicas.

Correlativamente, no es posible asumir el proceso de formación y difusión de las imágenes como un acto lineal y no exento de conflictos, dada la diversidad de intereses y objetivos de política de los distintos actores involucrados. El enfoque conspirativo, aquel que asume a la prensa como un instrumento ciego del Gobierno, tiene como mayor debilidad enfocar este problema como un proceso racional unitario, movido en último análisis por la supuesta existencia de un sistema de ordeno y mando entre ambos poderes públicos —prensa y Administración. Estos, sin embargo, han llegado a colisionar en problemas concretos de política hacia América Latina —por ejemplo, en los casos de la Revolución Popular Sandinista, la crisis haitiana, las relaciones con México y, más recientemente, en la cuestión del bloqueo y los viajes a Cuba.

En los Estados Unidos la relación de la prensa con el poder ejecutivo no es monocroma. Ha sufrido importantes cambios desde los años 60 hasta la actualidad, y está mediada por un conjunto de eslabones como la correlación de fuerzas entre los actores políticos «externos» a la prensa, las relaciones ejecutivo-Congreso, el contexto ideopolítico, la naturaleza del liderazgo presidencial y las estrategias comunicativas de la Casa Blanca.

Generalmente se acepta que los liderazgos presidenciales fuertes y carismáticos suelen llevar la voz cantante en esa relación, imponiendo a su favor el tratamiento de los medios de difusión, pero esta propuesta no puede asumirse de manera mecánica. De hecho, una administración como la de Ronald Reagan —con una cobertura virtualmente sin precedentes en los medios— se vio desfavorecida ante un acontecimiento como el escándalo Irán-contras, que determinó, según resumió en su momento el senador Tip O' Neil, el fin de la luna de miel de la prensa con el ejecutivo.

Así mismo, los estudios comunicológicos sostienen que las calidades y actitudes de la prensa y los medios ante la Administración se relacionan sustantivamente con la naturaleza del tema y, sobre todo, con el área de política de que se trate. De acuerdo con este paradigma, obtener el apoyo de los medios en la política exterior es relativamente más fácil si existe un liderazgo presidencial que cubra las expectativas sobre el papel de los Estados Unidos en el mundo y ejecute acciones —no necesariamente de fuerza militar— en correspondencia con ello. Por el contrario, en la política doméstica, donde por definición afloran intereses y percepciones encontrados, ese apoyo es bastante más difícil.

Es indudable que lo primero contribuye a explicar los éxitos de cobertura y de opinión de las dos administraciones republicanas previas a Clinton, que se esforzaron, cada cual con su impronta propia, por recomponer la hegemonía norteamericana explotando la percepción de que los Estados Unidos se estaban quedando rezagados ante los avances de la Unión Soviética alrededor del globo. El discurso gubernamental, ideologizado como pocas veces en la historia de la nación, contribuía en realidad a cerrar opciones. Tanto en la política estructural como en los medios de difusión se procuraba evitar la etiqueta de «blando con el comunismo», ante visiones alternativas o que cuestionaran las bases de la «visión reganiana» del mundo. La caída del socialismo en Europa y la ulterior fractura del «imperio del mal», apuntalaron un discurso público que enfatizó la superioridad del Oeste sobre el Este, con el surgimiento del unipolarismo en lo político-militar. Sin embargo, también emergió en la conciencia colectiva norteamericana la idea de que el país se había convertido en una potencia en declive ante la acumulación de problemas domésticos, como resultado en gran medida de las propias políticas económicas republicanas. Hoy no se discute: la economía fue el tema que le costó a Bush la reelección, y constituye una de las preocupaciones fundamentales, junto a la violencia urbana, la droga y el SIDA, del ciudadano en la Norteamérica de hoy.

En términos de perfil público —básicamente lo que interesa aquí—, los éxitos de imagen de ambas administraciones republicanas suponen el diseño y explotación de estrategias informativas de alcance y validez actuales. Una relación tentativa y seguramente incompleta en este orden incluiría:

1. El despliegue de nuevas tecnologías de comunicación y métodos de *marketing* extrapolados a la política, una práctica iniciada bajo la administración Nixon, pero desarrollada hasta niveles de sofisticación bajo Reagan y Bush. La conciencia y aceptación de que la política —incluidas las elecciones presidenciales— es una actividad comercial más, destinada a vender figuras públicas como *Cadillacs*, desodorantes o *MacDonalds*.

Los correlatos de este problema son varios. Uno de los definitivos es la imagen del Presidente no como un político tradicional, sino como un «norteamericano promedio» que bien puede montar a caballo, vestir informal, tocar el saxofón en programas de amplia audiencia o incluso después de entrevistas con importantes líderes extranjeros.

Los Estados Unidos han exportado exitosamente estas tecnologías hacia América Latina, como se comprueba, entre otros, en los casos de Menem, Violeta Barrios de Chamorro y Fujimori.

2. El desplazamiento de la sustancia por la imagen. Como escribe Leslie Janka, la diferencia entre Reagan como «gran comunicador» y Carter es que aquél «entendía que la política es comunicación con liderazgo, y por consiguiente priorizaba la comunicación sobre la sustancia. Carter hacía lo opuesto». ⁵ Los niveles de competencia política, así encarados, devienen la base para la generalización de la llamada *horse-race mania*, es decir, lo importante para el auditorio es quién va delante en las encuestas, y no su posición medular sobre los temas que se discuten.
3. La profusa utilización de la TV como medio para el alcance de amplias audiencias, mecanismo de explotación creciente a partir de Eisenhower y, sobre todo, de John F. Kennedy. En los Estados Unidos los últimos tiempos han atestiguado una verdadera avalancha de *infomercials* que suponen la compra de espacios en las principales redes, así como de *spots* que toman de la propaganda comercial los mecanismos de persuasión al consumidor. Son mensajes simples, reiterativos, con un foco claro y una idea principal que no deje lugar a interpretaciones.
4. El control de la información. Las experiencias de Granada y Panamá fueron tomadas como casos-prueba que para los militares demostraron la necesidad de que los medios de difusión fueran literalmente guiados en el teatro de operaciones, en el entendido de una presunción parcialmente válida: Viet Nam había mostrado los efectos perniciosos de una información no deseada sobre los objetivos a alcanzar. ⁶ La Guerra del Golfo no hizo sino coronar ambas aventuras con un gigantesco aparato de manipulación cuyos alcances han sido analizados de un tiempo a esta parte por los propios medios manipulados, que en ese contexto dejaron de cumplir las funciones crítico-fiscalizadoras sobre las cuales se asienta el periodismo liberal —y esto en el fondo les duele. ⁷ Tales acciones incidieron innegablemente sobre las percepciones del público, que, como arrojan las encuestas, aprobó mayoritariamente el intervencionismo en Granada, Panamá y el Golfo Pérsico.
5. El creciente papel de firmas de relaciones públicas involucradas en cambios de imágenes favorables a intereses sectoriales de la economía y la política. Como labor de ablandamiento de la opinión pública, antes de la Guerra del Golfo se produjo en los Estados Unidos un proceso de manufactura de Iraq como un nuevo enemigo número uno, por oposición al ennoblecimiento de Kuwait, un país que los norteamericanos, con su proverbial desconocimiento de la geografía, apenas podían localizar en el mapa —lo mismo que sucedía antes de los años 80 con El Salvador e incluso Nicaragua. ⁸ La base conceptual de la *nueva* teoría de las relaciones públicas, de ecos casi goebbelianos, sostiene que si se repite una idea con la suficiente convicción y énfasis, será creída independientemente de su grado de veracidad. El Tratado de Libre Comercio (TLC) atestiguó un proceso similar en lo referido a *vender* una imagen moderna y positiva sobre México ante un Congreso escéptico respecto a los beneficios que acarreada la unión económica con un país subdesarrollado para los «intereses nacionales» norteamericanos. ⁹

La administración Clinton ha tenido, sin embargo, menos fortuna que las anteriores. Su liderazgo no ha sido enérgico y sí poco convincente, en parte porque Clinton carece del cómodo referente de una amenaza externa, y en parte porque no ha lidiado con la política internacional según lo que se espera. La retirada de Somalia le dio un tanto a favor, así como su papel de mediador en los controvertidos acuerdos de paz del Medio Oriente. Pero en el bombardeo de Iraq, en el verano de 1993, la prensa le concedió, cuando mucho, el beneficio de la duda, bien lejos del apoyo mostrado en los días de Bush. La administración ha sido acusada de un manejo incongruente de la cuestión bosnia, y en general de una política exterior desarticulada.

A nivel doméstico, los medios de difusión norteamericanos han tenido una actitud contradictoria hacia el ejecutivo, en la que se combinan, selectivamente, críticas, respaldos y presiones para que se adopten definiciones sobre ciertas áreas de política. Tal vez el principal de los distanciamientos haya consistido en achacarle a Clinton la carencia de un sentido preciso de las prioridades, no sólo debido a la existencia de pugnas interburocráticas, sino también a la figura misma del Presidente, acusado de tener, como Kennedy, una personalidad «peligrosamente desordenada» y de intentar hacer demasiadas cosas a la vez.

El resultado de todo este proceso, agudizado por la derrota en las elecciones de medio término en 1994, es una impresionante caída en los niveles de popularidad presidencial con pocos precedentes en la historia norteamericana reciente. Este marco de referencia es imprescindible si se quiere entender la posición de la prensa norteamericana respecto a la política hacia Cuba, en la medida en que constituye un *problema de política exterior* que resume sus críticas ante el desempeño del ejecutivo.

La imagen de Cuba en los 90: las tendencias prevalecientes

Si se examinan las tendencias prevalecientes en las imágenes sobre Cuba en el exterior, se verá que virtualmente no existen diferencias esenciales respecto a la manera en que se presenta en los Estados Unidos.¹⁰

La imagen de Cuba tiene allí un sedimento histórico sin el cual resultaría difícil entender sus directrices y calidades actuales. En los años 70, el periodismo norteamericano, inmerso en la crisis moral-institucional y en la corriente contestataria, desarrolló métodos de análisis más sofisticados con el auge del periodismo de investigación; Cuba, sin embargo, no ha tenido su periodismo de excepción. Aun cuando en un primer momento no se articuló un discurso totalmente negativo sobre el país, desde principios de los años 60 se presentó una realidad cubana compuesta por fusilamientos dudosos o excesivos a criminales de guerra; por la idea de la *revolución traicionada* y de la *cabeza de playa soviética*. Esto se reforzó con la invasión de Playa Girón y la Crisis de Octubre en 1962, y de hecho trazó los carriles del discurso. Más tarde, cuando el ambiente político tendió a distenderse, bajo parte de los mandatos de Ford y de Carter, hubo un tono bastante más constructivo y realista también en los medios. Pero la presencia militar cubana en Angola, y luego en Etiopía, alimentaron una calidad de contenidos donde el término *satélite de la URSS* llegó a ser, tanto en el discurso político como en el informativo, un cuño recurrente.

Aunque la Guerra fría ha terminado y no existen ni la URSS, ni el campo socialista, la visión de Cuba sigue permeada por un conjunto de estereotipos que refieren la existencia del esquema informativo característico de aquella etapa.

El flujo de las imágenes, siguiendo los derroteros del discurso de la Administración, se ha concentrado en la dinámica interna cubana, una vez establecida la percepción de que en las nuevas circunstancias la Isla ya no constituye una amenaza para la seguridad norteamericana. Cuba perdió atractivo en la posguerra fría. Ha quedado como otro país caribeño — aunque lo sea de manera peculiar. Solo adquiere relevancia pública en contextos de crisis, según se evidenció en el verano de 1994 durante la crisis de los balseros. El resto es información fragmentada y discontinua.

Las mediaciones masivas

La tríada *mercado-pluripartidismo-elecciones libres* constituye el prisma bajo el cual se juzgan los acontecimientos cubanos. Este determina, en última instancia, el proceso discursivo según el cual la Isla es un espacio anquilosado flotando

en un pasado que ya no existe —en una palabra, la imagen del dinosaurio. Sobre ella actúan un conjunto de patrones imperantes en los medios masivos de difusión, que podrían resumirse por lo menos en tres aspectos principales.

1. *La objetividad.* La filosofía del periodismo liberal avala el principio del balance y equilibrio de los puntos de vista, y supuestamente permite otorgar a las partes o argumentos contendientes igual ponderación, i.e., el logro de una información objetiva, no parcializada, de manera que el receptor pueda extraer conclusiones independientes. Este principio no concuerda, sin embargo, con la valoración que se tiene a ambos lados del espectro político acerca de los medios, como lo prueba el hecho de que tanto entre conservadores como liberales resultan frecuentes las acusaciones de prejuicio ideológico contra aquéllos. Desde los años 80 existen instituciones de signo conservador para monitorear el «excesivo liberalismo de los medios», como *Accuracy in Media*. En lo que a Cuba respecta, han llegado a identificar una «luna de miel de los medios con Fidel Castro», idea que obviamente comparte la ultraderecha de Miami en sus ataques contra órganos como *The Miami Herald*.¹¹
2. *El etnocentrismo propio de la cultura dominante,* expandido por la lógica transnacional, según el cual valores y cultura norteamericanos vienen a ser una suerte de cristalización de cualquier modelo social posible. Esta categoría permite no conceder demasiado rango a los problemas del Tercer Mundo, lo que se evidencia en que estos países, por lo regular, sólo son objeto de atención en escenarios de crisis políticas, epidemias y desastres. Cuba, en este sentido, podría compararse con Pakistán. El prisma informativo se focaliza a partir de una contingencia determinada —por ejemplo, un accidente aéreo—, en lugar de cubrir sistemáticamente la evolución de la realidad nacional.
3. *El sesgo de las fuentes.* La doctrina enunciada en el primer punto, unida a la necesidad de preservar el acceso y prestigio sociales, conduce a los medios a difundir, y aun a depender, de las percepciones del poder y los comunicados de sus agencias, considerados como *fuentes objetivas* y dignas de crédito, lo cual permite de hecho la socialización de sus presunciones como verdad avalada, y sobre todo la modelación de los parámetros del debate. Esta lógica contiene toda una economía política de la información, y, como escribe Leon Sigal, conduce a una peculiar división del trabajo: los funcionarios tienen los hechos; la prensa suele limitarse a adquirirlos.¹²

El análisis de la cobertura informativa sobre Cuba arroja que la lista de emisores preponderantes resultan ser, en primer lugar, agencias oficiales —personeros del Departamento de Estado, la Casa Blanca y otras instancias—, a lo que se une una gama de expertos predominantemente conservadores y representantes de la élite cubanoamericana. El problema del balance es, pues, la omisión: aunque no faltan los puntos de vista de un sector progresista o más liberal, lo cierto es que se priorizan aquéllos funcionales a los objetivos de política norteamericanos.¹³

Las apoyaturas de la imagen

En el abanico actual de las imágenes sobre Cuba, posiblemente los temas donde mejor se objetiven estos problemas sean la economía, el sistema político y los derechos humanos.

La economía cubana es uno de los platos fuertes de la hora, ante el escenario de crisis y deterioro que, según se pronostica, terminará por dar al traste con el proyecto nacional. El patrón de negativismo económico, preexistente a la crisis, se ha visto impulsado por los retrocesos en esta área y por cuestiones como los bajos índices consecutivos en la producción azucarera, los déficits alimentarios y la caída de las importaciones bajo el umbral crítico. Los referentes son

reales, y en muchas ocasiones se asumen con un profesionalismo informativo imposible de ignorar, toda vez que no todo es allí ideología. Sin embargo, en el modelo informativo empleado no se destacan las circunstancias que originan los problemas ni las políticas que los enfrentan.

Informado por presupuestos ideológicos, el discurso masivo enfatiza básicamente los componentes referidos a la caída del intercambio con la URSS. El superobjetivo es obvio: subrayar la idea del subsidio y, por esa vía, el carácter parasitario del sistema socialista cubano, incapaz según el discurso de asegurar la reproducción simple de los ciudadanos, de modo que la responsabilidad recaiga sobre un régimen político que de antemano se condena. El lado oscurecido de la fórmula consiste en el peso específico del bloqueo, que al margen de las estadísticas, se presenta como una pantalla utilizada por el Gobierno cubano para escamotear sus propios problemas e incapacidades.

Ante el proceso de reformas económicas en Cuba —entre cuyos componentes fundamentales se halla la apertura a la inversión extranjera, el desarrollo del turismo y la implantación de ciertos mecanismos de mercado en la economía interna— los medios se suelen interrogar si son «de corazón» o no. Es excepcional el enfoque que subraye el nivel de realismo de la política cubana ante los problemas derivados de la pérdida de sus mercados preferenciales, el bloqueo norteamericano y las ineficiencias acumuladas en su gestión económica interna, a fin de insertarse en una economía internacional drásticamente modificada.

Al evaluar el alcance de estas reformas, lo distintivo en la lógica de la imagen es la consideración de que no van al fondo. Así, se valida la fórmula neoliberal, que demanda privatización y desregulación estatal como piedras de toque.

Algo similar ocurre en lo relativo al sistema político, cuya valoración resulta codificada; la cuestión democrática en Cuba consiste en la inexistencia de la competencia interpartidista y en la falta legal de alternativas que desafíen la hegemonía del Partido Comunista, luego, las elecciones resultan un acto ritual y previsible.

No suelen analizarse la experiencia y los cambios ocurridos en Cuba, desde la reforma constitucional de 1992 hasta las elecciones directas, sino que se les califica de *procesos cosméticos*. Esta visión de lo democrático, masificada por el discurso, suele colocarse ante los problemas de la independencia y la soberanía considerándolos conceptos extemporáneos o meros pretextos para la permanencia en el poder de una élite renuente a acatar estándares *universales*. Ignora, por otra parte, una pluralidad de espacios participativos, nacionales y locales, que en Cuba han marcado un importante eslabón en el desarrollo de la administración pública. Fuera del país estas experiencias en general se desconocen.¹⁴

La otra apoyatura del trípode, los *derechos humanos*, revela como pocas la sobredeterminación de la imagen por el eje vertical del discurso de la Administración norteamericana. Este asunto comenzó a adquirir un inusitado auge a mediados de los años 80, a partir de un conjunto de acciones políticas, diplomáticas y propagandísticas de los Estados Unidos dirigidas a promover presión pública y a sentar a Cuba como acusado en distintos foros internacionales,

Resulta sintomático que uno de los puntos más altos en esa escalada se produjera en 1986, justamente en vísperas de que el «caso cubano» fuera llevado ante la Comisión de Derechos Humanos en Ginebra. De entonces a la fecha, medios y agencias de noticias, considerados políticamente asépticos y «no ideológicos» han venido otorgando un espacio inusual a las aludidas violaciones de tales derechos en Cuba —incluyendo cargos de tortura física en las cárceles e inflando notoriamente, como en la propaganda política, las cifras de la población penal. Las imágenes han contribuido así a lo que es una de sus funciones: *humanizar* historias individuales con el propósito de subrayar el drama del *disidente*, a quien se le construye una ejecutoria intelectual y una proyección política de la que a menudo carece. El fin es legitimar un cambio ilustrado y pacífico concomitante con el modelo a que se aspira.

Pero la mayor debilidad de estas visiones consiste en su reduccionismo, en la tendencia a minimizar o suprimir una

información distinta, y en considerar que en Cuba todo es oficialismo (desde el pensamiento sociológico hasta la cultura), de modo que la existencia de una sociedad civil queda suplida por la figura de un Estado orweliano que lo invade todo.¹⁵ A esto ha contribuido el unanimismo presente en los medios de comunicación cubanos, reflejo de una mentalidad de *plaza sitiada*, condicionada por las presiones norteamericanas, que desfavorecen un mayor pluralismo y un más amplio debate público.

Sin embargo, los códigos acuñados por los grandes medios, y la acción de presupuestos y mediaciones como los aludidos, representan a la larga una de las mayores trabas para el conocimiento de una realidad cubana menos estática y gris de lo que usualmente se presenta. Dos son, por lo pronto, sus problemas más visibles: la descalificación del pensamiento de otras visiones diferentes a las de la llamada disidencia y la minimización de una cultura de la discusión cotidiana, parte natural de la idiosincracia nacional.

Las imágenes de la migración y de las relaciones Cuba-EE.UU.

La migración es otra de las pistas donde se concretan algunas presunciones. Como resultado del conflicto con los Estados Unidos, la imágenes ideologizan un fenómeno característico de las relaciones Norte-Sur. Si bien se han difundido en los medios visiones diversas, hasta el acuerdo del 2 de mayo de 1995 lo distintivo del tema migratorio era la consideración de todo el que salía de Cuba como un *refugiado*. Operaba la conversión del tema migratorio en un problema de derechos humanos, en la medida en que el discurso lo presentaba como una restricción contra la libertad de movimiento refrendada por la Declaración Universal y tendía a ensombrecer los resortes del éxodo —incluidos la tradicional política de estímulo, la recepción privilegiada y el efecto de las presiones económicas internas.

Por lo demás, la migración se reducía a un problema de política interna, dada la percepción de que el régimen trata de exportar al exterior los «opositores». El carácter del sistema imperante en Cuba, y las expectativas de que se encuentra en su *hora final*, hacen que el prisma de los medios soslaye la comparación con el fenómeno migratorio a nivel hemisférico y global. A pesar de la identificación de motivaciones económicas y familiares en el flujo, el discurso de los medios incorporó ampliamente las presunciones oficiales, validando la emigración como un fenómeno político e identificando a los balseros como refugiados o perseguidos.

Lo interesante, sin embargo, es la dualidad de senderos entre prensa y Administración en lo referido a la política a seguir con Cuba.

La crisis del verano de 1994 y el proceso de negociación migratoria bilateral constituyeron una suerte de deslinde: realimentaron en los principales medios lo contraproducente del bloqueo y la necesidad de revisar el esquema de política implementado, incluyendo negociar con La Habana los temas de la gran agenda. En efecto, la mayor parte de los periódicos que así editorializaron —por ejemplo, el *Washington Post* y el *New York Times*—, aunque apoyaron en su momento la racionalidad del bloqueo como una manera de «castigar» a Cuba por su alianza con Moscú, proclamaron en ese contexto la necesidad de su levantamiento, debido a su anacronismo e ineficacia.¹⁶

Sin embargo, lo anterior no implica un cambio en la postura sobre Cuba. Se trata de cómo lidiar de la mejor manera con un régimen cuya naturaleza considerada intrínsecamente maligna no está en discusión. Pero estas tendencias editoriales, que se contraponen a los medios del Sur de la Florida, constituyen un dato importante al vehiculizarse en órganos que, a diferencia de los de Miami, sí tienen un peso específico en el proceso de formulación de políticas. Estos medios adoptan una posición similar a la mantenida en su momento ante el proceso negociador de Contadora y la crisis

centroamericana, contrastante con el discurso oficial norteamericano que, entonces con Nicaragua como ahora con Cuba, proclamaba apretar tuercas y no dialogar.

La política norteamericana hacia China, Viet Nam y la República Democrática de Corea —países con el mismo régimen político que Cuba— hace por los menos inconsistentes las actitudes de Washington hacia La Habana. La idea ha sido incorporada no solo en medios liberales, sino también en políticos y emisores conservadores, tradicionalmente más duros, con independencia de lo que se piense sobre el gobierno cubano y de los propósitos últimos que se persiguen.¹⁷

Cuba en los medios de la Florida: la prensa hispana

Si en los medios del *mainstream* anglo se encuentra un evidente nivel de diversidad en cuanto a las fórmulas y maneras de lidiar con Cuba, en la prensa hispana del sur de la Florida esa tendencia se minimiza. Este subsistema aparece dominado por grupos de poder que han hecho del anticomunismo una industria cultural de sustantivos dividendos y un modo de vida funcional a los sectores conservadores que dominan los espacios públicos de Miami. Está integrado por el conjunto de medios de difusión dirigidos a la comunidad hispana, que ha venido experimentando un proceso de expansión demográfica como resultado de procesos migratorios Sur-Norte y del establecimiento de Miami como importante centro de operaciones financiero-comerciales con América Latina.

En lo que atañe a Cuba, su rasgo distintivo consiste en la difusión preferencial de un discurso unilateral, dogmático y saturado de emocionalismos, sobre todo respecto al liderazgo cubano y a la figura del presidente Fidel Castro. Estos medios promueven y participan de hecho en la atmósfera de intolerancia hacia el pensamiento alternativo de otros actores sociales y políticos dentro de la comunidad, cuyo proceso de diversificación ideopolítica constituye un dato ante los cambios mundiales y los desarrollos de la realidad cubana. La demonización de tal pensamiento apela allí a las típicas etiquetas heredadas de la contrarrevolución histórica es decir, calificar de «pro castristas» y «dialogueros» a quienes no comulguen con el credo fundamentalista. Esta tendencia es sobre todo visible en la radio comunitaria de micrófono abierto, y en particular en emisoras como WQBA («La Cubanísima»), WAQUI («Radio Mambí») y WCMQ, responsables en gran medida de intimidaciones e incluso de atentados contra la integridad física a personas e instituciones que ejercen su derecho a definir un discurso sobre Cuba más allá de los estrechos límites del *pluralismo*, entendido a la manera de Miami.

En la llamada prensa plana, dos son los órganos más importantes: *El Nuevo Herald* y el *Diario las Américas*. Se trata en este último caso de un periódico típicamente conservador con códigos informativos permeados de un anticomunismo primario. *El Nuevo Herald* vio la luz en 1987 en sustitución de *El Miami Herald*, y se distribuye como suplemento de *The Miami Herald*. Su lenguaje noticioso es bastante más moderno y su cobertura latinoamericana clasifica entre las más importantes de los periódicos de habla hispana en los Estados Unidos, junto a *La Opinión*, de Los Ángeles, California. Por razones obvias, la información sobre Cuba de *El Nuevo Herald* es extensa, y, comparada con la del *Diario las Américas*, en ella se advierte al menos un intento —más o menos logrado, en dependencia del redactor e incluso del tema— de atenerse a normas y códigos utilizados por la gran prensa norteamericana.

Otro es, sin embargo, el problema a partir de la Sección de Opiniones. Sus columnistas y emisores tienen a menudo filiación orgánica a organizaciones contrarrevolucionarias, fueron en Cuba «connotados disidentes», escritores que se marcharon del país o intelectuales conservadores que ejercen la docencia en distintas universidades. Como norma, la objetividad cede ante un esquema interpretativo que deja escaso lugar a posiciones más moderadas, de modo tal que el

empalme con la línea dura de la política comunitaria constituye una recurrencia en esta zona del periódico, una de las más leídas en círculos intelectuales y políticos de la comunidad cubana.

Al margen de enfoques y matices concretos siempre presentes, en general las divergencias que se verifican con la política norteamericana hacia Cuba están asumidas desde la derecha. La plataforma más común demanda del Gobierno el endurecimiento del bloqueo —y en su caso, su internacionalización a lo Haití— como instrumento de presión para el logro de cambios políticos en Cuba: el respaldo, en una palabra, a la tesis de la *olla de presión*, característica de la Fundación Nacional Cubano Americana y de la derecha congresional de origen cubano. Complementa el cuadro la renuencia a cualquier negociación con la Isla, en el supuesto de que implicaría conceder legitimidad a un gobierno cuyo final se percibe inmediato desde la caída del muro de Berlín. En esa medida, se respalda cualquier endurecimiento de la política, incluyendo la reducción del número de vuelos y la supresión de las remesas familiares a contrapelo de los sentimientos encontrados que esas medidas, decretadas por Clinton a fines de agosto de 1994, desataron en el conjunto de la comunidad.¹⁸

Una dimensión salvaje del enfoque duro, alimentada por la crisis, denota el reverdecimiento público de tendencias de opinión que promueven desde el diario el terrorismo tradicional bajo el eufemismo de que los Estados Unidos reconozcan el «derecho del pueblo cubano a la beligerancia», vale decir, que el aparato judicial norteamericano no juzgue a grupos contrarrevolucionarios debido a la compra ilegal de armamentos para infiltraciones contra Cuba. Esta línea, junto a la tendencia plattista que postula la intervención militar norteamericana en la Isla,¹⁹ ha encontrado en las páginas de *El Nuevo Herald* un foro de difusión, aun cuando no sea compartida por otros columnistas con una perspectiva más comedida ante los costos que supondría una aventura semejante.

Pero las desviaciones de la norma son en verdad poco comunes, lo que ilustra el carácter rigurosamente selectivo de un periódico que, en esta sección, está lejos de cualquier balance, siquiera con el sentido que tiene esta expresión en la prensa liberal anglosajona.

¿Cambiará la imagen de Cuba?

La evidencia disponible, examinada aquí sumariamente, sugiere la escasa factibilidad de un cambio cualitativo en la imagen general de Cuba presentada por los medios masivos de los Estados Unidos. El principal problema es la coincidencia esencial entre los medios de difusión y la política activa acerca de la *naturaleza* y *carácter* del orden político vigente en la Isla, con independencia de las contradicciones que puedan dirimirse entre prensa y administración, en tanto dos poderes públicos, respecto a la mejor manera de deshacerse del enemigo.

Un cambio en la imagen precisaría la renuncia (o cuando menos la minimización) de los medios a una axiología y a un conjunto de supuestos ideoculturales fuertemente arraigados —lo cual está fuera de discusión, mucho más después de los cambios mundiales y el nuevo contexto regional, donde una vez resuelto el caso haitiano, Cuba permanece como la excepción y con un sistema político diferente.

No parece influir en un cambio de imagen lo que Cuba pueda hacer en su proceso de reformas. Para la mejoría de la imagen, el maximalismo de los medios asume, explícita o implícitamente, la renuncia de Cuba a su proyecto y a su soberanía. Cuba no va a cambiar su sistema político del modo en que desde la imagen se aspira; en esa medida, la tesis del aislamiento y el tema de los derechos humanos continuarán como dos pivotes del discurso público en los niveles en que se verifica.

Notas

1. Tom Miller, *Trading with the Enemy. A Yankee Travels Through Castro's Cuba*, Atheneum, New York, 1992.
2. Stephen Hess, *The Government and Press Connection*, Brookings Institution, 1984.
3. Alfredo Prieto González, «La prensa y la opinión pública norteamericana hacia América Latina», *Cuadernos de Nuestra América*, La Habana, VI (12), enero-junio, 1989.
4. Una discusión al respecto en Tod Gitlin, «Television's Screens: Hegemony in Transition», en Donald Lazere, ed., *American Media and Mass Culture*, University of California Press, 1987; 240. 65.
5. Citado por Mark Hestgaard en *On Bended Knee. The Press and the Reagan Presidency*, New York; Schocken Books, 1988.
6. Desde la academia, estudiosos como Noam Chomsky, Ed Herman y Daniel Hallin han demostrado la falacia de esta construcción que toma a los medios como los responsables del *American lack of will* característico del discurso conservador. Estos medios prueban que el deslinde para el cambio de actitud hacia la Guerra fue la Ofensiva del Tet, el mismo contexto donde aparece dentro del *establishment* la división entre «palomas» y «halcones». Véase Noam Chomsky y Ed Herman, *Manufacturing Consent. The Political Economy of Mass Media*, New York: Pantheon Books, 1988; Daniel Hallin, *The «Uncensored War». The Media and Vietnam*, Oxford University Press, 1986.
7. Una importante reflexión al respecto en John MacArthur, *Second Front. Censorship and Propaganda in the Gulf War*, University of California Press, 1993.
8. Escribe Raymond Bonner: «Hasta que cuatro religiosas norteamericanas fueran asesinadas en diciembre de 1980, pocos norteamericanos habían oído hablar de El Salvador. ¿Era El Salvador el país y San Salvador la capital, o viceversa? El número de estudios académicos sobre el país (...) podía ser leído durante un fin de semana». *Weakness and Deceit. U.S. Policy and El Salvador*, New York: Times Books, 1981.
9. Desarrollo este tema en el libro *La prensa norteamericana y el Tratado de Libre Comercio*, La Habana; Centro de Estudios sobre América, 1995. (En proceso editorial.)
10. Hoy se acepta que cuatro de cada cinco imágenes que circulan por el orbe se originan en los Estados Unidos. No puede excluirse, sin embargo, la existencia de medios con un nivel de diversidad y matices. Por razones de foco, nos concentramos aquí básicamente en los medios norteamericanos y en su expresión transnacional. Véase Xabier Gorostiaga, «América Latina frente a los desafíos globales», en *Estado, nuevo orden económico y democracia en América Latina*, Caracas: Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS)-Centro de Estudios sobre América (CEA)-Editorial Nueva Sociedad, 1992.
11. Véase *Accuracy in Media*, «Castro Still Charismatic to Media», Septiembre de 1991. Esta discusión tiene un contenido fuertemente ideológico y recorre buena parte del debate académico, político y periodístico de los últimos años.
12. Leon Sigal, *Reporters and Officials*, Lexington, 1983.
13. Para un análisis pormenorizado, véase Alfredo Prieto González, «La conexión cubana», *Cuadernos de Nuestra América*, La Habana, VII (15), julio-diciembre, 1990.
14. Véase Haroldo Dilla, Gerardo González y Ana T. Vincentelli, *Participación popular y desarrollo en los municipios cubanos*, La Habana, Centro de Estudios sobre América (CEA), 1993: 135-47.
15. Una discusión específica en Rafael Hernández, «Mirar a Cuba», *La Gaceta de Cuba*, La Habana, (5), septiembre-

octubre, 1993.

16. Esta posición, contrariamente a lo que a menudo se asume, no es inédita, sino que de hecho preexiste a la crisis, y ha sido escoltada por aspectos como la defensa de la libertad de viajar a Cuba.

17, William Ratlift y Roger Fontaine, «To Slay Castro's Scapegoat», *The Washington Times*, 7 de enero de 1993. La propuesta contiene el levantamiento unilateral del bloqueo (excepto en tecnología militar) y facilitar el contacto entre pueblos e ideas —la tesis de la «subversión amistosa».

18. Una encuesta de la firma Prange and O'Hearn para *El Nuevo Herald* arrojó que la mayoría de los cubanos desaprobaban la nueva política hacia la emigración ilegal, con un 62% en desacuerdo, un 24% a favor y un 1% sin opinión. «Encuesta: Cubanoamericanos rechazan envíos a Guantánamo», *El Nuevo Herald*, 21 de agosto de 1994. Según encuesta de la Universidad de Miami, en el condado de Dade la mayoría estaba a favor de la detención de los cubanos en Guantánamo.

19. Entre estos, Álvaro Vargas Llosa, justamente el director de Sección de Opiniones. El discurso de este «posmoderno» se define por un plattismo visceral, y se complementa con un creciente anti-latinoamericanismo. Demandó desde su columna el bloqueo naval a Cuba o el bombardeo de instalaciones militares a lo Iraq.